

vida futura; en la presente es menester aplicarnos á nuestra construcción. La primera predicación de la fe, ha sido para vuestra edificación espiritual lo que para esta iglesia el extraer las piedras de las canteras, el cortar las maderas de los bosques. Con el bautismo, con la predicación, con la instrucción religiosa, se os ha labrado, se os ha pulido, se os ha dado la forma y tamaño conveniente. La caridad que os ha de unir hará en vosotros lo que hace el argamasa en la construcción material. Sin ella no hay edificio, sin ella no hay Iglesia. Amaos, pues, los unos á los otros conforme al mandato de Jesucristo; de otra manera, seréis escombros, formaréis montones de ruinas; pero nunca la Casa de Dios.

¡Que esta caridad os distinga siempre! ¡Que jamás se vean en vosotros funestas divisiones! ¡Que la prosperidad material venga juntamente con los bienes espirituales, que ruego al Señor haga llover sobre vosotros! ¡Que no pasen muchos años sin que la antigua misión de los Hualahuises quede unida á la ciudad de Linares, no sólo con vínculos espirituales, sino por una larga calle de no interrumpidos edificios, entre los cuales se eleven nuevos templos y casas de oración y beneficencia! Tales son los votos de vuestro agradecido Pastor.



SERMÓN

PREDICADO DESPUÉS DE LA BENDICIÓN DE LA IGLESIA PARROQUIAL
DE PESQUERÍA GRANDE, EL 28 DE DICIEMBRE
DE 1884.



Locutus est Dominus ad vos de medio ignis.

Os habló el Señor de en medio del fuego.

DEUT. IV, 12.



ARCANOS, en verdad, son los caminos de la Providencia. No sólo no es capaz el hombre de saber en el fondo de su conciencia si está en gracia de Dios ó en pecado, si es objeto de amor ó de odio, según la expresión del Apóstol; sino que le es imposible descubrir, aun en los acontecimientos más patentes, los móviles y designios del Señor, si Él mismo no se digna revelarlos. Así es que los discípulos de Jesús, al ver al desdichado ciego del Evangelio, preguntaban á su Maestro quién había pecado, si aquel hombre ó sus padres. ¡Y no era castigo la ceguera, sino antes bien una manifestación de la divina misericordia! Por el contrario el padre del Bautista, al quedar mudo por breves días, sufría un castigo que el pueblo no habría podido adivinar. Muchas veces la muerte repentina es una pena como lo fué en Oza, y en los Betsamitas; otras la manda el Señor como recompensa de una vida inocente y para que

la malicia de años posteriores no contamine una alma, hasta entonces inmaculada. A veces cuando la peste asuela una ciudad ó una provincia, nos es lícito conjeturar que es en expiación de crímenes manifiestos. Otras no acertamos á pensar si es en realidad una plaga, ó más bien una misericordia del Señor, para libertar á un reino de azotes mayores. Cuando en los últimos años tantos teatros han sido devorados por las llamas, uno tras otro y en casi todas las naciones de Europa, no podemos menos que ver en ellas la ira de Dios, vengando, como en la Pentápolis, la inmoralidad asquerosa de la escena moderna. Pero cuando vemos también que el fuego reduce á cenizas Templos del Altísimo, tales como la Basílica de San Pablo de Roma, hace más de treinta años, la de Santiago de Chile hace veinte, ó vuestra parroquia hace uno solo, el cristiano queda perplejo, sin saber á qué atribuir tamaña desgracia, si es que aun desgracia pueda llamarse. ¿Habrà sido señal de que el holocausto ha sido acepto á los ojos de Dios, ó por el contrario, será una prueba de su indignación? ¿Será tan sólo un modo de renovar sus altares, haciendo que sobre sus escombros se levanten otros más espléndidos, ó una manifestación de que su voluntad ya no quiere más sacrificios, donde se han consumado tantos sacrilegios?

Temerario sería querer investigar los misterios del Dios tres veces santo; pero lo cierto es que ahora, lo mismo que en la montaña de Horeb, cuando *ardía hasta el cielo*, según la gráfica expresión de la Escritura, el Señor nos habla de en medio del fuego, nos repite sus mandamientos, nos inculca su Ley, y nos da saludables lecciones. ¡Feliz el pueblo que escucha sus palabras! ¡Feliz la mu-

chedumbre que lee en las llamas como en un libro divino, aunque terrible, y escucha dócil las máximas que tan duramente se promulgan, porque de una manera más suave quizá no habrían sido atendidas.

A vosotros, como á Israel, habló el Señor en este lugar, de en medio del fuego, *locutus est Dominus ad vos de medio ignis*. ¿Cuáles fueron las palabras que entre el chirrido de las llamas oísteis aquella noche inolvidable? ¿Os dijo, por ventura, el que tiene su trono en lo más alto de los cielos, *qui sedebat in throno*, lo que en otro tiempo dijera á San Juan en el Apocalipsis, yo renuevo todas las cosas, *ecce nova facio omnia*? ¿Comprendisteis vosotros que si el Señor manda la muerte, es para que del mismo sepulcro retoñe la vida; que si precipita en el abismo es para sublimar después hasta los cielos; que si reduce á escombros es para que de las cenizas renazcan más duraderos edificios? ¿Respondisteis al terrible oráculo con los sublimes versos de la Iglesia, *recedant vetera, nova sint omnia, corda voces et opera*; no sólo te alzaremos nuevo Templo en lugar del que destruyes, sino que renovaremos por completo nuestras obras materiales y personales, *opera*, nuestras palabras públicas y privadas, *voce*, y purificaremos sobre todo nuestra conciencia, *corda*? Esto es lo que vamos á examinar en los tres breves puntos de mi discurso.

Quiera el Señor ayudarme con su gracia y la Virgen Madre con su intercesión.

AVE MARÍA.

I

Yo no lo presencié, y el recuerdo del incendio me hace temblar. Había empezado, conforme á los ritos de la Iglesia, el largo día compuesto de ocho de los ordinarios, destinado á celebrar la Inmaculada Concepción de María. La Iglesia, como la esposa en el aniversario de sus bodas, hallábase ataviada con sus mejores galas. El pueblo cristiano, por dos días consecutivos había asistido á los divinos oficios, y se preparaba á celebrar las nuevas fiestas de que está lleno el mes de Diciembre. Tras de solemnes ejercicios vespertinos, sacerdotes y miembros de piadosas hermandades se habían retirado á reposar, y ni tiempo habían tenido de tenderse en el lecho, cuando el tañido de la campana los hace salir despavoridos de sus casas. No es el alegre repique que los convida á alegre fiesta; no es el doble que los invita á orar por algún hermano difunto: no, es el terrible clamoreo que llama á todos á conjurar inminente peligro, anunciando que el fuego está devorando algún edificio, y puede cundir de un momento á otro á la casa del más descuidado. ¿Quién será la víctima? ¿Será una pobre choza, será alguna opulenta mansión la que es en aquel instante presa de las

llamas? ¿Será de algún vecino, de un pariente, de un amigo, de un rival, de un perseguidor, la habitación que va á ser reducida á cenizas?

¡Oh calamidad! ¡Oh calamidad que á todos comprende, que á todo el pueblo sumerge en amarga desolación! Es la Casa de Dios y la casa de todos los fieles, es el templo, es la Iglesia parroquial la que se mira envuelta por el elemento destructor. Por todas partes salen pavorosas llamaradas. Arden las puertas, arde la techumbre, cruje el maderamen, se desmoronan las paredes, caen fundidos los cristales. En vano giran en derredor valientes mancebos. Imposible penetrar por las puertas, imposible introducirse por las ventanas; en vano se trata de acercarse al frente, en vano se procura llegar por la espalda. Una imagen apenas, puede, á costa de inauditos esfuerzos y peligrosas quemaduras, salvarse de las llamas. Todo lo demás perece en breves instantes, sin que nada pueda escapar. Pinturas y esculturas, altares y ornamentos, vasos sagrados y utensilios del culto, todo lo devoran las llamas que por el Norte y por el Sur, por el Oriente y el Occidente suben y se extienden, giran y serpean, se encuentran y juntan, comunicándose nuevo vigor, y entrando en una especie de terrífica lucha, como á ver cuál consume más pronto mayor número de objetos, por cuál rumbo queda primero concluida la obra de destrucción, por qué lado aparecen más altos los montones de cenizas.

¿Y esas bombas movidas por el vapor, ó por las manos de vigorosos jóvenes, esas escalas, esas mangas, esas cuerdas, esos instrumentos que para tan apurados lances ha multiplicado la industria moderna, dónde están, dónde,

que no vienen á ejercer su obra benéfica ahora que se trata nada menos que de la Casa del Señor? ¡Ah! No existen. Pero dado caso que los hubiera, que se hallaran á mano y en orden perfecto, de nada servirían. Falta en ese instante lo principal; falta ese elemento enemigo del fuego, que el gran lírico de Grecia declara ser el mejor de todos. . . . ¡No hay agua con que apagar el incendio, aunque las nubes, como por sarcasmo, no cesan de verter menuda llovizna!

Así es que el pueblo todo se agrupa en la plaza y en derredor del templo, espectador impotente de la inmensa catástrofe. Suben las llamas hasta el cielo: no se mueve la afligida muchedumbre. Caen las paredes calcinadas: nada puede hacerse. Arrebata el viento pavesas y astillas ardiendo: no hay modo de contenerlas.

¡Oh noche pavorosa! Se me figura oír el lamento general que, como en Rama en otro tiempo, levanta hasta el cielo esta piadosa villa; se me figura escuchar los gemidos y sollozos y el llanto de los hijos de este pueblo, que lloran cual Raquel su obra predilecta, y que rehúsan todo consuelo porque ya no existe su templo. *Vox in Rama audita est, ploratus et ululatus multus: Rachel plorans filios suos, et noluit consolari quia non sunt.*

¿Rehúsa todo consuelo, he dicho, *noluit consolari*? Perdonadme. No son lágrimas de desesperación ni gemidos de desconsuelo los que llenan al día siguiente esta cristiana población. Son las voces varoniles del fiel católico que por nada se desanima, que, castigado, quiere desarmar la mano de Dios, que ha escuchado al Señor hablándole de en medio de las llamas, y ha exclamado al oírlo: *recedant vetera, nova sint omnia*. Sustituyan más altas

paredes las que se han desmoronado, álzense bóvedas incombustibles ó sólido artesonado en vez del maderamen antiguo; renazca nuestro Templo de las cenizas del primitivo, más bello, más esbelto, más grandioso: *nova sint omnia*.

Hace quince siglos la Ciudad de Roma presenció un espectáculo único en la historia de la Iglesia. Era la mañana del 5 de Agosto. El sol, aun antes del mediodía, lanzaba sus rayos, como de costumbre en esta estación, con inaudita fuerza, y calles y plazas, y paredes y piedras, reflejándolos vivamente, parecían hornos encendidos que abrasaban á los habitantes de la Capital del mundo. Entretanto, en la cumbre del Esquilino, la nieve cubría un vasto espacio en forma de cruz, y sin derretirse á pesar del fuego solar y del calor de la tierra, permanecía todo el día brillando con doble fulgor, y esparciendo en derredor una frescura que recreaba á la multitud que acudía á presenciar el prodigio.

¡Qué contraste con el triste cuadro que presentaba la plaza de esta villa el 10 de Diciembre! El aire frío y húmedo, las menudas gotas de helada lluvia, las nubes que no dejaban aparecer el sol, aumentaban la tristeza y desolación de la turba que contemplaba en el suelo una inmensa cruz formada de negras cenizas y humeantes, escombros, que aquí y allí todavía arrojaban llamas, y despedían un calor grato en otras circunstancias, pero ahora amargo sobremanera á los consternados espectadores.

Pero, aunque diversos los medios, uno era el fin de la Providencia. El Señor, á quien pertenecen todos los elementos, y que en el Antiguo Testamento habló de en medio del fuego en el monte Horeb, en la Nueva Alian-